

siderarian unánimes aquella instruccion como irregular, á causa de la conducta de la jóven. Si la hubiesen mirado como un proceso en toda regla, hubieran debido sentenciar y ejecutar á la acusada. Aquella decision tenia ademas para la jóven la ventaja de que nada se cambiaria en cuanto al sitio que le servia de cárcel. En vez de ser trasladada á la prision de Estado, permaneció en su primer encierro, aunque vigilada de cerca, y se le permitió ver á sus amigos. Suponiendo que estuviese loca, su cura ofrecia pocas esperanzas; y si se la hubiese encerrado en la formidable *cárcel*, las probabilidades de que se salvara eran mucho menores. Entre tanto los magistrados pidieron instrucciones á Cartago.

CAPITULO XXVII.

Ariston no era hombre capaz de estar afligido mucho tiempo; nunca hubiera él muerto de amor ó de envidia, por el honor ó por la pérdida de su hacienda; pero la calamidad presente era una de las mayores que podian abru-

marle, y nada, en toda su vida, habia pesado tanto como ella sobre su corazon. El cariño que tenia á su hermana era verdadero, aunque no debemos examinarlo escrupulosamente; pues habriamos de confesar entonces que, en nuestro sentir, ese cariño nacia mas bien de ciertas cualidades exteriores, y aun accidentales de Calista, que de Calista misma. Si hubiese perdido su belleza ó su amable y pronta sumision á todos los deseos de su hermano, habria perdido tambien el cariño de éste. No decimos esto como una censura severa contra el jóven artífice, principalmente si consideramos lo que sucede de ordinario entre hermanos y hermanas, y entre maridos y mugeres; y si reflexionamos al mismo tiempo en el gran número de personas á quienes puede aplicarse el principio de que aman por los hábitos de lo pasado. En cuanto á Ariston, diremos que amaba sobre todo por las ventajas de lo presente.

Sin embargo, en aquella ocasion su padecimiento era agudo, y cediendo á la violencia del dolor, pensó en seguir el consejo de Cornelio, que habia deshechado, y recurrir á Polemon. Le co-

noicia de algun tiempo, lo bastante para la idea que ahora le impulsaba, y preguntó por él en el templo de Mercurio, despues de concluida la leccion. Polemon no era tonto, si bien estaba lleno de afectacion y de vanidad, y Ariston creyó que su hermana podia ser con vencida por un filósofo compatriota que por nadie. No obstante, el asombro de Polemon, cuando supo el objeto de la visita, no es para espresarse con palabras, y probó cuán absorto debia hallarse Ariston en su pena, para que no le ocurriese la posibilidad de semejante recibimiento. ¡Cómo! ¡él, amigo de Plotino, de Rogaciano y otros nobles personajes que habian sido condiscípulos suyos en Roma! ¡él, miembro de la aristocracia inteligente de la metrópoli del mundo, ir á la cárcel á visitar á una criminal! Y cuando llegó á entender que esta criminal era cristiana, se persuadió de que Ariston habia ido á insultarle, y estuvo á punto de invitarle á que partiese sin demora. Pero Ariston insistió; su dolor evidente y algunos pormenores que intervinieron, ablandaron al filósofo. Calista era Griega, literata ó erudita á la violeta. No habia usado, es verdad,

el *pallium* filosófico (como algunos mártires cristianos—Santa Catalina y Santa Eufemia lo hicieron despues, si no antes); pero no habia motivo que la impidiese usarlo un dia. Polemon se acordó de haber oido hablar de ella en el Capitolio y en el *triclinium* de uno de los decuriones, como de una jóven de mérito y de un talento particular; y habiendo intentado recientemente formar una clase cuyo auditorio fuese femenino, le pareció que la conversion de Calista serviria de nueva aureola á su gloria. Así, pues, pasados unos dias, se dirigió por la tarde, en su litera y acompañado de Ariston, al sitio donde Calista estaba custodiada, pero no sin mucha repugnancia ni sin alguna vergüenza, y por consiguiente con visible embarazo y dureza en sus maneras. Todos los perfumes que llevaba encima y que halagaban su olfato, no eran bastantes á vencer la aversion que le inspiraba aquella visita.

El cuarto de Calista tenia muy buen aspecto para una cárcel; encontrábase en el suelo bajo de una casa de muchos pisos, junto al *Officium* del triunvirato. Aunque la jóven no estuviese ya bajo

la jurisdicción directa de los triunviros, se le había permitido, sin embargo, permanecer en su primer alojamiento. Ocupaba uno de los cuartos perteneciente á un *apparitor* de aquel *Officium*, y como era casado, ó á lo menos tenía una compañera que cuidaba á Calista, esta podía estimarse feliz en su posición. No obstante, el lector debe recordar que nos hallamos en Africa, en el mes de Julio, y que nuestra Griega estaba poco habituada á los calores, que convertían la ciudad entera en un vasto horno durante casi todo el día. En los cuartos altos y espaciosos se adoptaba el recurso de escluir el aire exterior, y vivir, como los Groenlandeses, con las puertas y ventanas cerradas; pero esto era imposible y habría sido inútil intentarlo en la pequeña habitación de Calista. Con todo, la fiebre del espíritu es mucho peor que el calor de la atmósfera, y es indudable que su salud, su fuerza y su fisonomía se sentían afectadas, tanto por el influjo de las causas físicas, cuanto por el de las causas morales. La hermosura, que formaba las delicias de su hermano, iba en ella desvaneciéndose, para ser reem-

plazada por las sombras, si no por los rasgos de un encanto mas divino de expresión, no de forma, que no inspira ninguna pasión humana, y sí difunde ciertos pensamientos y aspiraciones. Ariston observó este cambio con marcado disgusto. El cuarto tenía un banco, dos ó tres sillas, y una cama de juncos en un rincón. De un grapon sólidamente clavado en la pared, pendía una larga, pero ligera cadena de hierro (si estas dos ideas pueden maridarse), que sujetaba por medio de un anillo de hierro el delicado brazo de la acusada.

Al entrar Polemon en el cuarto, su primera exclamación fué para quejarse de la estrechura del local; pero debía emprender una tarea, y procedió á ello sin tardanza. Calista, por su parte, se estremeció, pues no deseaba su presencia. Estaba reclinada en su lecho, y se sentó. Incapaz de sostener una controversia, no pensaba entablar ninguna con el filósofo, cualquiera que fuese la disposición contraria de este último.

— Calista, mi vida y alegría, querida Calista, dijo su hermano, he traído conmigo al hombre mas célebre de Sicca para que te vea.

Calista miró gravemente á Polemon, trocándose al cabo de un momento esta gravedad en indiferencia. El filósofo tenía en su mano una rosa de Cirene, cuyo perfume se habia difundido por todo el cuarto.

—Es Polemon, continuó Ariston, el amigo del gran Platino, que conoce todas las filosofías y todos los filósofos. Ha venido á este sitio por interes hácia tí.

Calista le dió gracias por su bondad, pues lo era ciertamente, dijo, y grande en cualquiera el visitarla y mas allí.

Polemon respondió con un cumplimiento, diciendo que aquella visita le traía á la memoria la de Sócrates á Aspasia. Siempre habian existido mugeres superiores á su sexo, y que habian sostenido un comercio intelectual con los hombres de elevada inteligencia. “Una de esas mugeres, añadió, veo ante mí.”

Calista conoció que el tomar parte en tal argumento seria sumergir su alma, aun mas profundamente en las tinieblas, ahora que buscaba realidades. Permaneció, pues, en silencio.

—Tu hermana está abstraída completamente, dijo Polemon aparte á Ariston,

disgustado del recibimiento que acababa de hacerle, y no sabiendo qué decir.

—De ningún modo, querido amigo, respondió Ariston; es toda atencion para oírte.

—Los naturales de Grecia, dijo al cabo Polemon, debieran conocerse unos á otros; merecen conocerse; existe entre ellos una simpatía secreta, semejante á esa misteriosa influencia que une el imán al imán, ó al eco, que es la repercusion de la voz. De ese modo los griegos son lo que ningún otro pueblo es capaz de ser.

Dicho esto, olió la rosa é hizo una reverencia.

Calista se sonrió ligeramente cuando Polemon nombró la Grecia.

—Sí, dijo, me gusta mas la Grecia que el Africa.

—Ambas tienen sus ventajas, observó Polemon. Hay placer en comunicar la ciencia, en propagar la llama de que uno se siente abrasado; y seria egoismo no dejar la Grecia para comunicar á los africanos aquello de que carecen. Pero tú, añadió, joven, no puedes ni instruirte en Grecia, ni enseñar en Africa, mientras estés en este vestíbulo del infierno.

Sin embargo, sé que estás aquí porque quieres. ¿Es posible?

—Pues bien. Desearia salir de aquí, doctísimo Polemon, dijo Calista con tristeza.

—¿Polemon de Rodas puede hablar francamente á Calista de Proconeso? preguntó el filósofo. Yo no hablaría á todos. En ese caso, permítame que te pregunte ¿qué es lo que te retiene aquí?

—Los magistrados de Sicca y esta cadena de hierro, respondió Calista. Quisiera poder vivir en otra parte; quisiera no ser lo que soy.

—¿Qué desearias para ser mas de lo que eres? replicó Polemon; sobrepujas en genio, en talento y en hermosura á todas las jóvenes de Africa.

—Deja los rodeos, Polemon, dijo el joven griego con viveza, pero lleno de respeto; necesita golpes decisivos.

—Por lo que veo, dijo Calista impaciente al ver la lentitud de estos preámbulos, mi hermano desea que me pregunte hasta qué punto depende de mí el estar ó no estar encerrada en este sitio. Pues bien, es porque no quiero quemar incienso en el altar de Júpiter.

—Razon muy insuficiente, dijo Polemon.

Calista guardó silencio.

—¿Y qué significa esa accion? repuso el filósofo; no tiene mas objeto que el de mostrar tu fidelidad al poder romano. ¿Tú no te cuentas, supongo, entre esos griegos que sueñan con una insurreccion nacional? Entonces eres fiel á Roma. Si yo creyera que un Leonidas, un Harmodio, un Milciades, un Temístocles, un Pericles, un Epaminondas, estuviesen prontos á levantarse ahora, seria tan atrevido en ceñir la espada como cualquiera otro; pero tal esperanza saldria fallida. Está visto, pues, que la Grecia no reclama tu auxilio en estos momentos. Tampoco creeré, aunque me lo digas tú misma, que te halles ligada á una secta oscura y fanática que desea la caída de Roma. Considera lo que es Roma.

Aquí Polemon reprodujo el magnífico lugar comun de su último panegírico, de que se habia penetrado fuertemente antes de salir.

—Soy griego, dijo; amo la Grecia, pero amo mas aun la libertad, y no veo mas que los hechos; á ellos me atengo

y me someto únicamente. La tierra entera, despues de innumerables siglos, ha sido al cabo avasallada por Roma. Ha converjido, confundiéndose todas sus diferentes partes, en una sola Roma. El estado en que vivimos es el último, el mas perfecto á que puede llegar la sociedad humana. El curso de las cosas, la fuerza de los poderes naturales, como lo comprenden todos los grandes legistas y los filósofos, no tienen mas allá. La unidad ha venido por fin, y la unidad es la eternidad. El imperio romano existirá siempre, porque es uno. El principio de disolucion está eliminado. Hemos obtenido el *apotelesmo* del mundo. La Grecia, el Egipto, la Siria, la Libia, la Etruaria, la Lidia han influido en el resultado. Cada una de estas comarcas se ha esforzado en su tiempo, en detener el curso del destino, y cada una tambien ha debido concluir por adherirse á la fortuna romana, para ser su víctima ó su instrumento. ¿Y la Judea hará lo que el sabio Egipto y la sutil Grecia han intentado en vano? Si la libertad del pensamiento, el escepticismo liberal, hasta las teorías revolucionarias de la Hélade, han sido impoten-

tes para destruir el poder romano; si el fausto y el deleite oriental han fracasado en tal empresa, ¿cabrá mejor suerte al misticismo de la Siria?

—Querida Calista, ¿lo oyes? exclamó Ariston, que parecia dudar de que su hermana atendiese, aunque Polemon le mirase con asombro.

—Diez siglos, continuó este último, han pasado desde que Roma empezó su victoriosa carrera. En diez siglos no ha cesado de cumplir su alta mision en los decretos del destino y de perfeccionar sus máximas de política y sus reglas de gobierno. En esos diez siglos ha seguido un solo sendero, y su celo siempre creciente ha sido recompensado con una estension constante de territorio. ¿De qué no es capaz? Solamente de una cosa, y esa cosa que Roma no ha presumido hacer, intentas tú hacerla. Ha conservado su religion, como convenia; pero nunca ha herido con el desprecio la religion de los demas, que es cabalmente lo que tú haces. Nóvalo bien, Calista; Roma misma, á pesar de su poder inmenso, ha cedido á esta necesidad, aun mas invencible; no se mezcla en las religiones de los pueblos, no ha de-

clarado la guerra á los varios cultos. En su conquistadora marcha encontró, sobre todo en Oriente, tradiciones, costumbres, preocupaciones, principios, supersticiones sin número, confundidas en una fatal mezcla, y las dejó como estaban; mas aún, las reconoció; pues obrar de otro modo hubiera sido labrar su propia desgracia. Todo lo que dijo á los pueblos, todo lo que se atrevió á decirles, fué: "Sed tolerantes conmigo, y yo á mi vez lo seré con vosotros." Sin embargo, esto es lo que vosotros, cristianos, no quereis hacer; vosotros, que no teneis derecho á ningun territorio, que ni aun sois el mas pequeño de los pueblos, que no sois siquiera un pueblo, llevais el fanatismo hasta condenar todos los cultos, excepto el vuestro, sin perdonar ni aun la religion de la gran Roma. ¿Y quiénes sois? advenedizos vagabundos de ayer. Religiones mas antiguas que la vuestra, mas ideales, mas bellas; religiones que tenian posicion, historia é influencia política, han desaparecido; y vosotros, reunion informe de los restos de los grandes pueblos de Oriente y Occidente, ¿prevaleceriais? Avergüenzate, avergüenzate, Calista,

hija de la Grecia. ¡Tú, que posees una gloriosa nacionalidad, quieres asociarte á algunos centenares de labriegos, de esclavos, de ladrones, de viles artesanos, de mendigos y de pescadores! ¡Una persona de elevada reputacion, de brillantes talentos, formando sociedad con los proscritos del género humano!

El discurso de Polemon, aunque embarazoso, causó efecto, á lo menos por su conclusion, en espíritus como en el de nuestros griegos. Ariston se levantó de improviso, profirió un juramento, y miró triunfante á Calista, que tambien sentia la fuerza de los argumentos del retórico. En último resultado, ¿qué sabia ella de los cristianos?... á lo mas, abandonaba lo conocido por lo desconocido; estaba segura de abrazar un mal verdadero por un bien eventual.

—No, dijo para sí, no puedo ser nunca cristiana.

Despues añadió en voz alta:

—Señor Polemon, no soy cristiana... Jamas he dicho que lo era.

—¡Ahí está lo absurdo de su conducta! exclamó Ariston. No es ni lo uno ni lo otro. No quiere confesarse cristiana, y sin embargo se niega á sacrificar.

—Esa es mi desgracia, dijo Calista: lo sé. Pierdo lo que veo y lo que no veo. No cabe mayor inconsecuencia; pero ¿qué he de hacer?

Polemon creyó haber dicho bastante. Era uno de esos hombres que venden caras sus palabras; y habiendo sido ya demasiado pródigo de ellas, estaba dispuesto á no serlo mas.

Despues de algunos instantes de silencio, Calista le preguntó.

—Polemon, ¿crees en un solo Dio?

—Ciertamente, respondió el filósofo, creo en una cosa eterna que existe por sí misma.

—Pues bien, prosiguió la jóven, siento á ese Dios en mi corazon. Me siento ante El. Oigo que me dice: “Haz esto, no hagas eso.” Me dirás que esta inspiracion es una simple ley de la naturaleza, como sucede con el dolor y la alegría, pero no lo comprendo. No, es el eco de una voz que me habla. Nada me persuadirá de que no proceda en definitiva de un Ser diferente de mi *yo*; esa voz lleva en sí misma la prueba de su origen divino. Mi naturaleza se adhiere á ella como á una persona. Cuando la obedezco, experimento una satis-

faccion, y cuando la desobedezco una tristeza. . . . alguna cosa semejante á lo que sentiria dando gusto á un amigo respetado ú ofendiéndole. Ya ves, Polemon, que creo en mas que en “alguna cosa.” Creo en lo que es para mí mas verdadero que el sol, la luna, las estrellas, la hermosa tierra y las palabras de amistad. Me preguntarás ¿quién es? ¿Te ha dicho algo de Sí mismo? ¡Ay! ¡no! Lo siento. Pero no quiero dejar lo que poseo, porque no poseo mas. Un eco supone una voz, una voz supone un ser que habla, y á ese Ser amo y temo.

Al llegar aquí se sintió fatigada y abrumada ¡pobre Calista! con el peso de sus emociones.

—¡Oh! ¡Si lograrse encontrarle! exclamó apasionadamente. Busco á derecha y á izquierda, y no acierto con El. ¿Por qué combates contra mí? ¿Por qué me asustas y me opones dificultades, Primero y Unico Bello? ¡No te poseo y tengo necesidad de Tí!

Despues añadió:

—No soy cristiana, porque si lo fuese, ya Le habria encontrado, ó á lo menos diria que le habia encontrado.

—No hay que esperar nada, dijo Polemon á Ariston con el tedio mas marcado y cierta arrogancia: ha ido demasiado lejos, y no debiste traerme aquí.

Ariston suspiró.

—¿Adoraré á otro que no sea El? continuó Calista. ¿Diré que el Ser á quien no veo y que busco, es nuestro Júpiter, ó César, ó la diosa Roma? Ninguno de ellos es la imágen de ese guía interior que siento dentro de mí. ¿Solo á El sacrificio!

Los dos hombres se miraron atónitos: uno de ellos estaba irritado.

—Es como el demonio de Sócrates, dijo Ariston con timidez.

—Reconoceré á César bajo cuantas formas se quiera, repitió Calista; pero no le adoraré jamas.

En seguida añadió:

—Polemon, ese Monitor invisible, ¿no tendrá un dia algo que decirnos á todos, y á tí en particular?

—¡Calla, calla, Calista! exclamó el filósofo con una violencia poco propia de su estado y de su profesion. Escúsame; ¡desventurada muger! de oir tales palabras, que no habia oido hasta hoy. No he venido aquí para ser insultado. ¡Es-

píritu pobre, ciego, infortunado, perverso.... me separo de tí para siempre! ¡Abandona, si quieres, las magestuosas, brillantes y benéficas tradiciones de tus antepasados, y vive en esa horrible supersticion! ¡Adios!

No pareció mas satisfecho de Ariston que de Calista, si bien el joven le ayudó á entrar en su litera, caminó á su lado é hizo lo que de él dependia para tranquilizarle.

CAPITULO XXVIII.

Si hay un estado de espíritu enteramente desesperado, es aquel en que quedó la infeliz Calista despues de la partida de Polemon. Ni era cristiana, ni dejaba de serlo. Flotaba en la region media de la investigacion, para salir de la cual se necesita tiempo, á no ser que haya alguna intervencion casi milagrosa, como se necesita tiempo para ir de un punto á otro. Veis venir hácia vos una persona, y le preguntais con impaciencia:

—¿Por qué no andais mas aprisa?